

Educación: entre sus tiempos y adverbios eternos

Marco Antonio González Villa

Doctor en Educación. Profesor de la FES Iztacala y el CCH Naucalpan.
antonio.gonzalez@ired.unam.mx

El pasado, presente y futuro de la educación, o bien su opción adverbial, el ayer, el hoy y el mañana, representan enfoques y posiciones desde las que se hace una lectura comparativa entre, por lo menos, dos tiempos distintos, con relación a la visión, los logros o las metas que es posible lograr.

Sin embargo, es interesante pensar que el tiempo inconmensurable no entiende de conjugaciones o de momentos en la historia por los cuales transita, no, eso es problema nuestro. El tiempo sigue su marcha, no se detiene, pero en nuestra necesidad, tal vez necesidad, de poder asirlo hacemos recortes y divisiones que intentan dar cuenta de este andar. De esta manera, el ayer-pasado, el mañana-futuro y el hoy-presente se vuelven unidades de análisis a través de las cuales se intenta dar cuenta de un fenómeno, un proceso, una categoría o una idea como lo puede ser la educación.

Siendo un tema del que todo mundo habla y opina, es imposible resistirse a la tentación y a la seducción de escribir sobre la educación teniendo como marco a esos tres momentos a los que hemos aludido previamente, intentando dar respuesta a una pregunta que, de inicio, resulta imposible y tal vez impensable ¿cuál podrá ser el mejor tiempo para la educación?

El ayer-pasado

La mirada retrospectiva de la educación tiene por lo regular 3 fines específicos: señalar las fallas y omisiones cometidas, justificar y/o sustentar diferentes propuestas o bien hacer un recuento de los logros alcanzados. Obviamente las 3 tienen un sentido y peso político desde el cual se haría, inevitablemente, una lectura parcializada de los hechos considerados, sobre todo si existe alternancia política en el gobierno o si hay un deseo de deslindarse del proyecto anterior. Ahí aparecen neoliberales, progresistas, capitalistas, tradicionalistas y con el tiempo

los “cuarto transformadores”; lamentablemente, la alternancia política tiende a minimizar, negar o conciliar con las posturas anteriores.

La *vox populi*, por su parte, reduce su visión básicamente a dos opciones: antes estábamos mejor o estamos mejor ahora, en donde el sustento vendrá de la propia experiencia, cada uno hablará de acuerdo a como le fue en la feria dice la terminología popular, o bien el dictamen se realiza desde un análisis tomando en cuenta criterios arbitrarios que no requieren necesariamente de validación empírica.

Lo que es una realidad es que, desde el imaginario colectivo, académico o no, se han gestado y acuñado frases que enfatizan la importancia de mirar atrás con fines de aprendizaje y/o enmienda de los errores: “*un pueblo que no recuerda su historia está condenado a repetirla*”, “si estás deprimido estás viviendo en el pasado...”, entre otras, las cuales, tienen al mismo tiempo, un sentido de alerta.

Sin embargo, el problema del pasado, del ayer, reside en que cada persona le da una significación distinta, lo recordamos diferente, es una historia desde distintas aristas, que se juega de la nostalgia al rechazo y al repudio, pero teniendo claro que, en materia de educación, siempre nuestros tiempos fueron mejores, siempre seremos mejores alumnos que los de ahora, porque nos esforzamos y sufrimos física y psicológicamente más para aprender, aunque ahora nos dicen que los modelos educativos que vivimos son obsoletos e ineficientes, pese a los Piaget, los Freire, los Vygotski y cada teórico de la pedagogía.

Pese a la diversidad de significaciones, paradójicamente sólo el pasado es tangible y evaluable, ya que el presente siempre es eternamente efímero y el futuro es inalcanzable; incrementa su acervo día con día, acumulando saberes y conocimientos permanentemente, siendo el sustento de la ciencia y la teoría. No puede menospreciarse.

El futuro-mañana

Es una eterna utopía, el anhelo, el sueño y el deseo por lo que aún no se ha podido alcanzar. Se alimenta de planes y proyectos que pocas veces se cumplen en el ámbito educativo, pero que da poco margen a la individualidad. El futuro de la educación siempre ha respondido a la visión de unos cuantos que ocupan un lugar, otrora, de validez y reconocimiento en diferentes campos,

pero que, a últimas fechas, responde a un proyecto político, nacional, como pretende el actual presidente, o internacional, como el de la OCDE en los sexenios anteriores. Ambas posturas, finalmente son políticas: lo pedagógico al servicio de lo político y lo económico en el sistema mundo diría Dussel.

Los teóricos del pasado, que hoy se niegan, se malentienden o se acotan y editan, tuvieron siempre un enfoque social y una perspectiva de transformación del individuo y de la sociedad a través de la educación. No obstante, las últimas décadas del país, pese a los registros y los intentos por incluir valores e ideas que buscan la igualdad y el reconocimiento de las diferencias, se quedan sólo en campañas políticas discursivas que jamás cumplen su encomienda inicial. Cada Plan Nacional de Desarrollo, cada Plan Sectorial de Educación, se alcanza si se maquillan los resultados, pero con los años, en tanto pasado, se verá que no cumplieron su cometido. El futuro no contempla, lamentablemente, variables extrañas ni imponderables, no es previsor, se concibe desde lo ideal.

Cuando el futuro nos alcanza, no nosotros a él, permite ver si los visionarios tuvieron razón o si simplemente erramos el camino; el futuro también rompe las ilusiones y nos topa de frente con la pared de la realidad ¿cuánto tiempo se había pensado previo a la pandemia que la tecnología era el futuro de la educación? Fue un futuro que no se cumplió.

Pero el sentido del futuro siempre será la búsqueda incesante, motivar el paso hacia adelante, avanzar, transformación y mejoría, imaginar mundos posibles, poiesis, creación, quimera... en donde muchos nos ilusionamos deseando ser semilla y parte del ahora que construye el futuro. Solamente el futuro nos permitirá ver si realmente pudimos aportar algo o si logramos un cambio real para reinventar el mundo hacia un destino deseable y éticamente mejor para todos; el futuro pone, nos pone, a cada uno en su lugar, por lo que termina siendo un juez. Ya veremos entonces.

El presente-el hoy

Dura sólo un instante: este apartado era el futuro del párrafo anterior, ahora cada palabra que se va leyendo forma ya parte del pasado. Es por eso que necesitamos acotarlo y darle un rango temporal que nos permita hacer una lectura más amplia del presente. Este corte transversal puede ser un día específico, un año, un ciclo escolar, un sexenio, por eso decimos

que buscamos siempre alargarlo y extenderlo. Pese a su finitud inmediata, siempre será el punto de referencia, un panóptico para leer y analizar el pasado y para trazar y proyectar el futuro. Pero al igual que el pasado, se habla del presente en función del momento que se vive, pero todos sin duda, hemos deseado que un momento que era presente fuera perenne.

Filosóficamente, el presente es un punto de evidencia de la existencia de un ser y de la realidad de la que forma parte y en la que vive; el presente es día a día de cada docente, con sus vicisitudes, sus experiencias y sus momentos.

El presente nos toma por sorpresa, irrumpe, se muestra y a veces no tenemos la posibilidad o las condiciones para valorarlo con justicia, se puede sobredimensionar, como el caso de muchas relaciones de pareja o puede ser infravalorado, como la relación y significación de las figuras parentales y la escuela. En el hoy podemos ver las aportaciones de los visionarios del pasado: el hoy le puede hacer justicia a los incomprendidos y a aquellos que visualizaron el presente de la educación.

El presente le ayuda también a un docente a decidir, a tomar un rumbo, a cambiar sus planes y a reconstruir su proyecto educativo y la dinámica del aula, con base en su percepción y su subjetividad. Es por tanto sinónimo de acción, sin importar que sea planeada o producto de la impulsividad o la intuición; su pertinencia ya será motivo de análisis en el futuro.

En el presente la Nueva Escuela Mexicana tiene una profunda influencia decolonial, un intento por rescatar la identidad y las raíces, un afán por atender al vulnerable, pero sigue lejos de lograr cambios sociales, como ha sido en un eterno presente. Todo tiempo presente es un reinicio de la educación, con otro modelo y otros términos, pero con resultados similares y con la misma o una mayor carga de trabajo e inestabilidad económica y laboral; es el presente de la docencia. En los últimos tiempos presentes, la educación ha estado mal dirigida por políticos ¿suspiramos entonces por el pasado o soñamos con el futuro?

Un final atemporal

La relatividad del tiempo, su ciclicidad, hace que cualquier hecho, evento, suceso, pueda jugarse en cualquiera de sus posibilidades cronológicas. ¿Cuál de ellos es más importante? Todos, siempre y cuando nos enfoquemos en lo mejor de cada uno de ellos. Cada docente estará alguna vez en los tres tiempos ¿cuándo habremos sido mejores docentes? Siempre... el tiempo así lo dirá.